

Ideología y digitalización. El pensamiento de Louis Althusser como marco analítico para comprender el espacio virtual contemporáneo

José Antonio Martínez Díez Barroso

Introducción

Algunas corrientes del pensamiento marxista han acusado a las teorizaciones de Louis Althusser de no lograr superar el estructuralismo y quedarse anquilosadas dentro de los cenáculos académicos y las estanterías de las bibliotecas (Castro-Gómez 2000). Ávido lector de Karl Marx, Althusser se dedicó a intentar comprender pero sobre todo a explicar la obra de Marx durante buena parte de su vida como profesor universitario y autor de numerosos libros (Althusser, 1990); así como se distanciaba de las explicaciones que, a pesar de estar influenciadas por el filósofo de Tréveris, evitaban reconocerlo y preferían, en cambio, caer en falta de referencias, cuando no en abierto plagio, procuró incansablemente construir y constituir un sistema de pensamiento verificable, el cual abrevara de un marxismo lo más apegado posible a los escritos de Marx (Althusser, 2003). De igual forma, Althusser, como cualquiera de los pensadores que contribuyeron al conocimiento occidental, se hallaban en comunicación con los autores de su época, es decir, no le eran alejas las ideas y las elaboraciones epistémicas de coyuntura (Althusser, 2007).

Tal como en el siglo XXI los feminismos y, de algún modo, los estudios culturales impregnan la academia, marcando agendas de investigación y permeándose en los proyectos de divulgación, en la época en que Althusser escribió el estructuralismo poseía un fuerte e innegable prestigio tanto entre sus pares académicos como entre la militancia política que pedía una teoría sustentada en postulados objetivos —aunque dicha imparcialidad fuera, en realidad, inalcanzable (Althusser, 2007). Precisamente, en esa época Louis Althusser comenzó a adentrarse en las obras de Marx.

No se trata de condenar su estructuralismo y academicismo, sino de situarlo dentro de su contexto sociohistórico. Esto, lejos de demeritarlo, sirve para entender que, si bien cierto tipo de estructuralismo y el academicismo aparecen de modo paralelo en su obra, el pensamiento de Althusser se mostró siempre cercano a los problemas y los fenómenos

sociales que más le afectaban. No era un autor para quien lo humano le fuera ajeno; por el contrario, el diálogo y las preocupaciones por entender el mundo y, a través de un andamiaje conceptual bien fundado, tratar de cambiarlo se encuentran transversalmente a lo largo de sus libros, artículos, conferencias, clases y teorizaciones (Althusser, 2007). Además, la puesta en marcha de eventos universitarios, las nuevas ediciones y la incorporación del pensamiento althusseriano en los planes de estudio revelan que la reflexión por comprender el entorno sociopolítico no era exclusiva de Althusser, sino que quedó como una herencia para otras generaciones preocupadas en retomar el marxismo, es decir, un análisis materialista de la realidad concreta, si bien, aceptando, tal como lo hiciera el filósofo francés, los problemas particulares de cada época (Karczmarczyk, Rodríguez, Romé y Starcenbaum, 2020).

En ese sentido, el objetivo de este texto es repasar la visión que Louis Althusser tenía sobre un determinado problema de análisis, la noción de ideología, admitiendo que el concepto tal y como lo acuñó el pensador galo se avoca a criticar estructuras capitalistas de una época y lugar concretos, pero reconociendo que las consideraciones conceptuales de Althusser revisten un pensamiento vivo en constante cambio y transformación. De ese modo, sirven también para arrojar luz sobre los fenómenos sociales que afectan al siglo XXI. Bajo esa óptica, en este espacio se analizan los procesos de digitalización mediante la noción de ideología althusseriana para dar cuenta de la materialidad detrás de lo que se ha dado por llamar la condición digital (Suárez, 2020), parafraseando uno de los libros de Jean-François Lyotard más criticados por los marxismos. Se argumenta, entonces, que el uso de las tecnologías de la información, entendidas como dispositivos de socialización, se presenta como la nueva forma de relacionarse democráticamente dentro de las sociedades occidentales, pero, con ello, se olvida la materialidad y la posesión desigual de los medios de producción. En otras palabras, se pretende demostrar que los procesos digitales conforman un tipo de ideología que oculta que el internet se fundamenta también por propietarios y empleados, quienes, respectivamente, son dueños o trabajadores que administran servidores, fuentes de abastecimiento energético, mantenimiento de redes, planeamiento de computadoras, etc.

Así, se estudia en primer lugar el concepto de ideología tal y como lo entendía Louis Althusser para posteriormente realizar un entrecruzamiento con los abordajes analíticos referentes a los procesos de digitalización, pero manteniendo una perspectiva crítica acorde con el pensamiento althusseriano que ponga en el centro la materialidad detrás de todo proceso de acumulación capitalista. Por último, se concluye que la

valorización que hace el capital con respecto al espacio virtual posee un componente ideológico que, de cierta manera, normaliza las interacciones sociales a través del uso del internet pero deja fuera una crítica a la propiedad de los mecanismos de explotación, los cuales se reproducen también en la virtualidad.

Viejas miradas a nuevos problemas: repensar la noción de ideología en el siglo XXI

La vigencia de la noción de ideología propuesta por Louis Althusser se halla en la peculiaridad de su construcción. Desmarcándose de una visión que trate exclusivamente las ideas y su evolución en la sociedad, la ideología althusseriana busca complejizar la interacción entre sociedad y epistemología (Althusser, 1970). Retoma la teoría marxista para revisar la agrupación social por excelencia en occidente: el Estado moderno liberal. Lo que desemboca en una crítica a los mecanismos por medio de los cuales los Estados regulan y controlan a la población para, en última instancia, cohesionarla dentro de la nación (Althusser, 2015). Althusser desconfía de las instituciones encargadas de administrar la organización estatal; para él, en cambio, estas son aparatos, cuya finalidad es propagar la ideología de la clase al frente del gobierno (Althusser, 1970). La defensa de la propiedad privada, el manejo monopólico del uso de la fuerza, la desigualdad estructural, por mencionar algunas, sería, así, funciones que desempeña el Estado, el cual requiere que sus gobernados las cumplan sin cuestionar (Althusser, 1985). De tal modo, el sujeto, en el pensamiento de Althusser, se entiende como efecto de una materialidad revestida de ideología (Althusser, 1970). Con ello, el pensador francés se desprende de algunas tesis idealistas para adentrarse en un posicionamiento materialista según el cual el sujeto, sus creencias e ideas, participan, en ocasiones deliberadamente y por momentos involuntariamente, en los actos regulados por el Estado con ayuda de sus instituciones, mismas que cobran la forma de aparatos ideológicos (Althusser, 1982).

Por ejemplo, en su muy conocido texto, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado* (1970), la ideología posee una doble acepción. Se le comprende dentro de una dimensión epistemológica, en el sentido en que se le vincula con la creación de conocimiento teórico y simbólico, y dentro de una dimensión sociológica, cuando se le examina como un conjunto de prácticas sociales tangibles y materiales. Sin embargo, Althusser concentra sus esfuerzos en la dimensión materialista; la problemática que desarrolla en su trabajo es la reproducción de las condiciones de producción, tratando por separado la reproducción de las fuerzas productivas, es decir, los medios de producción

y la fuerza de trabajo, y la reproducción de las relaciones sociales de producción (Althusser, 2015). Estas últimas sólo se llevan a cabo con el apoyo de instancias jurídico-político afianzadas en diversos mecanismos ideológicos que propagan un modo particular de pensamiento. Ahora bien, debido a que las instancias jurídicas contribuyen a la reproducción de las relaciones sociales de producción mediante el uso de la violencia y la opresión que traen consigo los aparatos represivos de los Estados capitalistas modernos, los cuales, en última instancia se organizan alrededor de jerarquías que detentan el poder del Estado, se vuelve necesaria la contribución de construcciones ideológicas cuya finalidad sea la cohesión social (Althusser, 1970).

Entonces, los aparatos ideológicos del Estado, que en el análisis de Althusser se caracterizan por ser heterogéneos, cambiantes y múltiples, se montan en la verticalidad de los Estados e irradian su influencia al resto de la sociedad a través de los sistemas institucionales de difusión como la escuela, la familia y la prensa, por ejemplo (Althusser, 2015). Pensándolo de ese modo, Althusser propone la elaboración de una teoría general de la ideología señalando que la ideología no tiene historia, sino que atraviesa toda la historia (Althusser, 2007).

¿Qué quiere decir esto? Que la función de la ideología es transhistórica. Cambia su contenido en relación con las formaciones sociales particulares, pero mantiene su labor en tanto estructura de representaciones y mecanismos de reproducción. Su objetivo se cumple cuando los sujetos piensan a partir de ella y no sin ella o fuera de ella. La ideología logró su cometido en el momento en que la representación del mundo no se percibe como ideológica, ni se cuestionan sus mecanismos o sus prácticas. En ese sentido, son los sujetos quienes viven dentro de la ideología en absoluto como una forma de conciencia; no como un objeto de su mundo, sino como su mundo mismo, aceptando una estructura material externa.¹

Precisamente, ese fue uno de los aciertos del pensamiento de Althusser: observar que la ideología cumple su cometido cuando se está tan ideologizado que no se cuestionan las estructuras materiales (Althusser, 1970). Pero hay otro punto importante en su obra.

¹ Una manera de ilustrar lo anterior, pero trasladándolo a los problemas actuales se encuentra en los análisis académicos que, posicionados desde una perspectiva liberal, creen que el proyecto occidental capitalista es la única realidad posible y cualquier reflexión que intente salirse de esa norma termina por ser excluida. Incluso hablan, en términos cuestionables, del crepúsculo de las ideologías o del fin de la historia (Fukuyama, 1992) como si al marxismo sí se le pudiera catalogar de ideología pero al capitalismo no, ese sería, según su visión, el mejor de los mundos posibles. Sin embargo, como se observa cotidianamente el capitalismo además de basarse en contradicciones estructurales posee una visión ética y jerárquica que debería ser inaceptable.

La ideología también es una representación de la relación imaginaria entre los individuos y sus condiciones reales de existencia (Althusser, 1985). Esto quiere decir que es falso que las condiciones reales de existencia correspondan con la representación ideológica de dicha realidad. Suponen, por otro lado, una distorsión del vínculo de los sujetos con la realidad. Aunque en la práctica el sujeto es el soporte de las relaciones sociales que lo determinan, se presenta como autónomo y capaz de influir en la estructura capitalista con una agencia más allá de la real (Althusser, 1982). No quiere decir que los movimientos sociales organizados no tengan la virtud de impactar en su circunstancia, subvertirla y cambiarla, sino, simplemente, que la ideología crea una ilusión en la cual los sujetos se reconocen en su mundo pero desconocen la profundidad en que su mundo influye en ellos. O sea que para Althusser entre la estructura social y las condiciones reales de existencia de los individuos, las cuales aparecen distorsionadas y ocultas por la ideología, se produce una ruptura que desemboca en la falsedad de la comprensión del entorno social (Althusser, 1970).

No obstante, los dos puntos anteriores, que la ideología tiene éxito cuando no se reconoce como tal y que bosqueja una realidad opaca y falsa, la cual ofrece como verídica y fidedigna, conducen a un tercer punto en la teoría sobre ideología planteada por Althusser. A saber, la ideología tiene existencia material (Althusser, 1982). ¿Qué quiere decir que posea una materialidad? Aunque pueda parecer contradictorio, pues por definición la ideología opera en el terreno de la subjetividad como algo alojado en las ideas, llega a concretarse cuando se inserta en prácticas normadas por rituales repetidos una y otra vez que tienen lugar dentro de los aparatos ideológicos del Estado (Althusser, 2015). Althusser sintetiza estos actos y prácticas ritualizadas citando a Pascal, quien recuerda cómo un ateo se vuelve creyente: “Pónganse de rodillas, muevan los labios en oración y entonces creerán” (Althusser, 1970).

Estas mismas prácticas rituales, cuya materialidad se encarna en aparatos ideológicos como la escuela, son la forma en que el discurso ideológico produce sujetos a partir de individuos. O en otras palabras, incorpora y recluta dentro de su lógica a personas externas para encaminarlas hacia una direccionalidad única y funcional a la ideología misma (Althusser, 1970). Explicado en términos althusserianos, el sujeto en las sociedades estatales modernas se identifica como sujeto en tanto está permeado por una ideología constitutiva que le dice cuáles son los atributos que debe poseer para ser tal. En el capitalismo, la ideología que se le implanta es una donde se le reconoce como libre, pero se olvida mencionar que es libre únicamente para vender su fuerza de trabajo en

tanto mercancía que compite en un mercado hecho a modo (Althusser, 2015). Esta libertad aparente del sujeto oculta ideológicamente el sometimiento hacia un orden capitalista y lo hace parecer como inevitable, ocasionando que sea el sujeto quien toma las riendas de su propia sumisión (Althusser, 2007). Todo esto llevó a que Althusser creyera que el mecanismo ideológico es “centrado y espectacular”. Es centrado porque actúa en torno a un sujeto que se interpreta mediante una noción de sí mismo edificada con base en los aparatos ideológicos con los que tiene contacto y es espectacular porque el sujeto aparece como autónomo y determinante para su realidad, olvidando u ocultando, con ello, las relaciones estructurales del sistema capitalista que, de cierta forma, inciden fuertemente en él (Althusser, 1970).

De tal forma, la relación imaginaria que supone la representación ideológica lleva a que el sujeto se interprete como una entidad independiente que sobredetermina sus condiciones reales de existencia, obviando las instancias que lo someten y que son, al fin y al cabo, las más interesadas en reproducir las relaciones sociales de producción dominante, o sea, son quienes se benefician y replican los procesos ideológicos. Esto tiene como resultado que la ideología genere sujetos que actúan como soporte de las relaciones económicas y políticas previamente existentes, causando una desconexión con la realidad, la cual es falseada (Althusser, 1970).

Con base en lo anterior, el Estado maneja y administra los aparatos ideológicos, pero en el siglo XXI, marcado por la cooptación de los Estados occidentales por el capital transnacional neoliberal, no queda tan claro quién controla los aparatos ideológicos. Por lo tanto, se muestra necesario repensar dicha noción, incorporando el papel de las empresas privadas, pero sin descuidar la estructura material presente en todo proceso de acumulación capitalista. En concreto, un análisis referente a la materialidad de los procesos de digitalización y su trasfondo ideológico, lejos de demeritarlos, ayuda a comprenderlos de modo más amplio.

La ideología del entorno digital

Entrado el siglo XXI, entre las llamadas ciencias sociales y las humanidades ha cobrado importancia la noción de digitalización (Suárez, 2020). Se le piensa como una forma de crear comunidad, que abre la puerta a la interacción social en red (Gómez, 2022), también se le ve como una nueva forma de acumulación capitalista sustentada en el uso de las plataformas (Srnicsek, 2017) e incluso se le ha llegado a considerar como una

ontología (Del Val, 2021). Sin menospreciar todos estos estudios, resultan problemáticos, pues pasan por alto la materialidad que opera debajo de los procesos de digitalización. Cuestiones como ¿quién otorga los dominios en internet?, ¿qué finalidad tienen los algoritmos?, ¿cuándo se privatizó la infraestructura requerida para el funcionamiento de la red web?, quedan, por consiguiente, en el aire. Fijar la atención únicamente en las prácticas digitales, olvida que la mayoría de los procesos tecnológicos desarrollados en el capitalismo conllevan el vínculo entre propietarios y empleados, así como un andamiaje jurídico e ideológico concreto (Althusser, 1990).

De tal modo, las ideas que planteó Althusser (1970, 1985, 2015), a saber, la ideología introspectada en el sujeto, su presentación como una realidad genuina y su dimensión material concretizada en aparatos ideológicos, hacen evidente que la reproducción de las relaciones sociales de producción precisan de un revestimiento ideológico que las mantenga. Esto es igualmente válido para los procesos digitales. Las relaciones sociales de producción —entendidas como una empresa de clase, la cual está delimitada por una lucha constante para conservar los mecanismos de explotación empleados por el sector dominante y someter a la clase dominada— se muestran en el siglo XXI a través de un proyecto político financiado por las élites y replicado por ejércitos de *bots* y cuentas falsas para posicionarlo en tendencia. Considerar a las redes sociales como un nuevo aparato ideológico, si bien diferente al que dependía del Estado, pues es ahora privado, deja entrever los límites de los sujetos para generar una política que nazca en lo digital. Quienquiera puede manifestar su descontento con alguna injusticia social siempre y cuando no viole las políticas de las redes sociales; de lo contrario, los administradores se reservan el derecho de eliminar el mensaje. Esta forma de censura recuerda que el espacio digital, en manos de pocas corporaciones como Meta, Twitter o TikTok, no es público, ni depende de la buena voluntad de los usuarios. Está a disposición de las empresas, las cuales deciden el tipo de contenido que les es más rentable y desechan toda opinión que no vaya acorde con un reglamento muchas veces opaco para los usuarios. Pocas personas leen las políticas que firman cuando generan una cuenta en redes sociales, bien por la desidia que representa enfocarse en tantas páginas, bien porque se carece de las herramientas jurídicas para comprender lo leído, se ignoran elementos tan importantes como la gestión de la privacidad de los datos personales.

Un ejemplo de ello se dio cuando la compañía Facebook se vio envuelta en un escándalo durante 2020. En ese año, se supo a nivel mundial que la empresa había vendido a la consultora británica Cambridge Analytica los datos de millones de usuarios; además,

se tuvo conocimiento que toda esa información había sido recopilada sin consentimiento y con objetivos políticos. El escándalo fue tan gran que incluso el gobierno de Brasil bajo la administración de Jair Bolsonaro, que se ha caracterizado por ser afín al gran capital, impuso a Facebook una multa de \$1.6 millones de dólares debido a la filtración de datos de cerca de 440 000 usuarios (EFE, 2019).

Además del mal manejo de la información, la privatización de la infraestructura requerida para el funcionamiento de las redes sociales es una realidad que va de la mano con la transformación en el acceso a los dominios de internet. Aunque surgió como un bien público construido por instituciones gubernamentales para que los científicos compartieran información entre sí en el marco de la Guerra Fría y no por instancias privadas al servicio del capital transnacional, el internet terminó vendiéndose, como muchos bienes, durante el neoliberalismo (Tarnoff, 2022). El Sistema de Nombres de Dominio (DNS), utilizado para que el texto escrito en el navegador se convierta en código binario y arroje la información alojada en un sitio en particular, pasó a una organización con sede en Los Ángeles llamada Corporación de Internet para la Asignación de Nombres y Números (ICANN). Que la asignación de dominios esté en Estados Unidos no es un hecho menor, asegura que el país imperialista por excelencia en el siglo XXI siga ejerciendo su influencia (Tarnoff, 2022). Los dominios se dan de acuerdo con la normativa jurídica estadounidense. Mediante esos acuerdos se decide qué sitios web se pueden consultar y cuáles no; además, si se quiere poseer un dominio que emplee la infraestructura administrada por el gran capital se debe negociar con una empresa privada estadounidense (Tarnoff, 2022). Hay, por lo tanto, poco espacio para que germinen proyectos populares verdaderamente alternativos. Todo movimiento revolucionario acaba migrando a las redes sociales hegemónicas, lo que demuestra las prácticas monopólicas utilizadas por las empresas digitales.

Además de lo anterior, varios autores comienzan a cuestionar la valorización de los datos que realizan las corporaciones digitales. En su argumento, existe una extracción de valor por parte de las redes sociales, la cual se hace a expensas de los usuarios pero que genera enormes dividendos. Este es el caso, por ejemplo, de Schiller (1999), quien acuñó el término “capitalismo digital”. Su intención era dar cuenta del modo en que el conocimiento, transformado en datos, resulta rentable a las empresas privadas. Desde su punto de vista, la aplicación de políticas neoliberales encaminadas hacia una desregulación de los sectores económicos y hacia una privatización de las industrias del internet desembocó en la utilización de tecnologías por parte de corporaciones para

reconfigurar el mercado a su favor. A su parecer, esto creó redes transnacionales de consumo y propició un nuevo tipo de pensamiento sujeto al avance tecnológico.

Asimismo, Pace (2018) comprende esta articulación de elementos como un conjunto intrincado de procesos, sitios virtuales y periodos de tiempo en los que la tecnología incide en las tendencias estructurales del capitalismo tardío. Mientras que Srnicek (2017) argumenta que la extracción de datos mediante las redes sociales representa el eje de articulación de una nueva forma de acumulación. Proponiendo el término “capitalismo de plataformas”, Srnicek indica que, después de varias crisis de sobreproducción propias del capitalismo tardío, la administración de datos provee de nuevos sectores proclives a producir un tipo de valor basado en el conocimiento, sin embargo, a su vez, ello refuerza una precarización laboral apoyada en la deslocalización de los puestos de trabajo. Srnicek advierte que este modelo de negocios difunde un *ethos*, o forma común de vida, empleado por gobiernos y corporaciones, donde cada idea se resignifica de acuerdo con los procesos digitales y con el uso de algoritmos: ciudades que pretenden ser “inteligentes”, industrias en serie que aspiran a ser “disruptivas” y trabajadores que en lugar de empleados con derechos laborales terminan por ser “socios”. De esta forma, remarca algunas tendencias hacia la regulación del comportamiento mediante el conocimiento y el manejo de la información personal.

En líneas similares, Zuboff (2019) se preocupa por la vigilancia que pueden ejercer corporaciones y Estados sobre las personas, así como por el poder que adquieren a través de conocer y manipular los datos que los usuarios les proporcionan con o sin intención. Por consiguiente, sugiere el concepto “capitalismo de vigilancia” para resaltar la apropiación asimétrica de conocimiento a manos de empresas transnacionales gracias a cabildos o cooptación de mercado. En consecuencia, su análisis apunta que el desarrollo de algoritmos posiciona un cierto tipo de contenido susceptible de incidir en la vida de los usuarios de modo más directo; es decir, los algoritmos reforzarían opiniones preconcebidas y generarían la ilusión de un discurso único al presentar sólo información interesante para los usuarios. La finalidad de los algoritmos, según esta autora, es que el contenido más atractivo se presente constantemente y, así, mantener a los usuarios enganchados a las redes sociales. Por ejemplo, si se busca en Facebook de forma regular información sobre eventos académicos, con el tiempo la red social arrojará dicha información sin la necesidad de buscarla. De esa manera, el usuario se mantiene conectado durante periodos más prolongados.

Sin embargo, el común denominador entre estos autores y sus conceptualizaciones es la incorporación ampliada de tecnologías relacionadas con el uso de internet en la vida cotidiana. Todo ello se logra a partir del enorme poder material que adquieren las empresas mediante la propiedad de los medios de producción (o el uso de algoritmos, los cuales como el DNS están también protegidos por legislaciones estadounidenses). Propiciando prácticas de comercialización a su favor o predicción de conductas basadas en algoritmos que tienen como meta modificar comportamientos, intervenir en políticas públicas o posicionar mercancías, las corporaciones del internet constituyen una ideología que difunde las ventajas de la conexión en red pero olvida la materialidad detrás de ella. Tanto las políticas de las redes sociales como la privatización de la infraestructura o la extracción de datos son ejemplos de la materialidad en la que se sustentan las redes sociales.

Además, en las redes sociales también se cumplen las tesis mencionadas previamente sobre los aparatos ideológicos bosquejadas por Louis Althusser: 1) hacen creer que es el sujeto quien tiene la capacidad autónoma de incidir sobre la estructura capitalista que lo determina, ignorando que sólo se puede hacer política en redes sociales cuando se acatan los términos y condiciones redactados por las compañías y avalados por el aparato jurídico estadounidense; 2) escinden al sujeto de su realidad concreta, trasladándolo hacia un entorno digital que lo distorsiona de su circunstancia contextual y le muestra, con el apoyo de los algoritmos, simplemente lo que quiere ver, fragmentando, así, lo material y lo subjetivo; y 3) pasan por alto su materialidad constitutiva, misma que se ve reflejada en la privatización de los dominios de internet y en la propiedad de la infraestructura indispensable para el funcionamiento de la web.

Si bien de acuerdo con el pensamiento althusseriano la ideología deriva de la materialidad y tiene éxito cuando nadie reconoce que vive bajo su influjo, creando una realidad inasible en la cual los sujetos normalizan la estructura capitalista (Althusser, 1970), las redes sociales contribuyen a reforzar esta noción de ideología. Muchos de los análisis en torno a los procesos de digitalización se desprenden de un enfoque idealista que sitúa lo digital en una dimensión inasible y subjetivista. Lo tratan como una condición casi ontológica que tiene incidencia únicamente en el terreno de las ideas (Del Val, 2021); sin embargo, las redes sociales no se sustentan en lo etéreo y nebuloso del entorno digital. Aunque se le niegue, poseen una materialidad que aparece en la propiedad de los medios necesarios para su funcionamiento o en el manejo que hacen del aparato jurídico que las protege de forma legal y les permite seguir acumulando capital. Es ahí justamente donde

reside la ideología propagada por las redes sociales. En el hecho de que ocultan su materialidad bajo el velo de lo digital, resistiéndose a evidenciar que, como cualquier avance tecnológico, hay propietarios y empleados en pugna por los medios de producción.

Reflexiones finales

Reexaminando el pensamiento de Louis Althusser a la luz de los procesos de digitalización propios del siglo XXI, la ideología propagadas por las redes sociales está en pensarlas sólo en su dimensión digital, obviando la parte material y, perfectamente tangible, detrás de ellas. Tanto la censura que pueden realizar a través de sus acuerdos de confidencialidad como la extracción de datos de los usuarios ponen de manifiesto que las redes sociales funcionan bajo la lógica del capital y que las teorizaciones que en su momento acuñara Althusser aparecen todavía vigentes. Su presunto estructuralismo y academicismo no demerita su pensamiento, el cual se halla vivo y en constante cambio. Sirve para estudiar el vínculo entre materialidad e ideología y, en el caso de los procesos de digitalización, desenmascarar percepciones idealistas como que las redes sociales son neutrales o espacios de lucha que remplazan la toma colectiva de las calles.

La noción de ideología althusseriana, en ese sentido, recuerda que la materialidad se halla presente en todo proceso de acumulación y revela que los dueños de las redes sociales hacen lo posible para que se normalicen las estructuras de dominación capitalista. Desde emplear algoritmos para generar un discurso único hasta revalorizar los datos personales, los propietarios de las redes sociales, entonces, promueven una idea de libertad, en la cual sólo se es libre de comercializar con la fuerza de trabajo en un mercado controlado por unos pocos.

Consecuentemente, una lectura de las redes sociales bajo el tamiz del concepto de ideología teorizado por Althusser resulta útil también para debatir la necesidad de despojar a las redes sociales de su carácter monopólico y colectivizar su código fuente. Precisamente, un entorno digital más igualitario y que pretenda ser verdaderamente emancipatorio pasa por modificar la estructura material que, de cierta forma y de acuerdo con el planteamiento de Althusser, lo determina. Los códigos abiertos permitirían, entonces, poner en la mesa de análisis el basamento material por medio del cual funcionan las redes sociales, subvirtiendo las estructuras jurídicas que le dan forma; además, desmontaría los aparatos ideológicos que lo moldean, pues coadyuvaría en la creación de una sociedad no de propietarios ni de empleados, sino de verdaderos colaboradores que

enriquezcan el proceso de digitalización, apartándose de la maximización de la ganancia y acercándose a la cooperación y colectivización del conocimiento en claro antagonismo con la dominación capitalista.

En suma, este texto intentó repensar las redes sociales y los entornos digitales como espacios que replican las características de los aparatos ideológicos. Son lugares donde la clase social dominante necesita reafirmar su dominación y renovar su cohesión ideológica. La digitalización le da ese sostén que requiere para mantenerse y perpetuar, haciendo que la misma estructura de dominación se preserve a lo largo del tiempo. Como ya mencionara anteriormente el propio Marx en las *Cartas a Kugelmann* (1975): incluso un niño sabe que cualquier formación social que no reproduzca las condiciones de producción al mismo tiempo que las renueve no sobrevivirá ni tan siquiera un año.

Referencias bibliográficas:

- Althusser, L. (1970). *Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*. Buenos aires: Nueva visión
- Althusser, L. (1982). *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros.
- Althusser, L. (1985). "La única tradición materialista". *Youkali*, 4, 132- 154. Recuperado de: <http://www.youkali.net/youkali4d%20Althusser%20launicatradicionmaterialista.pdf>
- Althusser, L. (1990). *Para leer "El capital"*. México D.F.: Siglo XXI.
- Althusser, L. (2003). *Marx dentro de sus límites*. Madrid: Akal.
- Althusser, L. (2007). *Política e Historia*. Buenos Aires: Katz.
- Althusser, L. (2015). *Sobre la reproducción*. Madrid: Akal
- Castro-Gómez, S. (2000). "Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología". *Revista Iberoamericana*, LXVI (193), 737-751.
- Del Val, Jaime. (2021). "Ontovilencia en el Algoriceno. Hacia una ecología de lo abierto". *Comparecen los cuerpos. Materias y Fronteras*. Ciudad de México: UNAM.
- Eagleton, T. (2005). *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- EFE. (30 de diciembre de 2019). "Brasil multa con 1,6 millones de dólares a Facebook por filtración de datos". *Agencia EFE*. Recuperado de <https://www.efe.com/efe/america/economia/brasil-multa-con-1-6-millones-de-dolares-a-facebook-por-filtracion-datos/20000011-4141340>
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. Nueva York. Free Press.

- Gómez Cruz, Edgar. (2022). *Tecnologías vitales. Pensar las culturas digitales desde Latinoamérica*. México: UP.
- Karczmarczyk, P., Rodríguez, M., Romé, N. y Starcenbaum, M. (2020). *Actas del Coloquio Internacional Althusser hoy: estrategia y materialismo*. Argentina: Universidad Nacional de la Plata.
- Mayer-Schönberger, V. y Cukier, K. (2013). *Big Data. La revolución de los datos masivos*. España: Taurus.
- Marx, K. (1975). *Cartas a Kugelmann*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Pace, J. (2018). "The Concept of Digital Capitalism". *Communication Theory* (28), 254-269.
- Schiller, D. (1999). *Digital Capitalism: Networking the Global Market System*. Massachusetts Institute of Technology.
- Srnicek N. (2017). *Platform Capitalism*. Reino Unido: Polity Press.
- Suárez, J. (2020). "La condición digital". *Revista de Occidente* (472), 2-20.
- Tarnoff, B. (9 de junio de 2022). "Internet debe ser un bien público", *Jacobin*. Recuperado de <https://jacobinlat.com/2022/06/09/internet-debe-ser-un-bien-publico/>
- Zuboff, S. (2019). *The Age of Surveillance Capitalism*. Estados Unidos: Public Affairs.